

**LA  
FE DE LOS  
FAMOSOS**

Por Javier VILLAN

# **IGLESIA Y CLASE OBRERA CODO A CODO**



Josep Benet se ha forjado en el obrerismo, el cristianismo, las detenciones y las clandestinidades. En la actualidad se define como "socialista independiente" y pertenece al Secretariado de la Asamblea de Cataluña como representante de los intelectuales. Tiene, en su porte externo, la mística del convencimiento, el ascetismo temeroso de una militancia trascendente. De familia obrera, se educó en la Escolanía de Montserrat y militó, antes de la guerra, en la Federació de Joves Cristians de Catalunya. Durante la guerra participó en las actividades de la Iglesia clandestina y fue combatiente del ejército republicano. Después de la guerra, en 1941, fue presidente de los estudiantes de Acció Catòlica y en la Universidad fundó en 1942 el clandestino Front Universitari de Catalunya. Está visto que no todos los que empezaron en Acció Catòlica han de terminar necesariamente en un Ministerio. Ha escrito libros, en general vinculados con el Movimiento Obrero Catalán o acerca de la evolución de la Iglesia. Entre ellos, "Maragall y la Semana trágica"; "Barcelona a mitjan del segle XX. Le moviment obrer durant el bienni progressista (1.854-56)", éste en colaboración con Casimir Martí; "El doctor Torres i Bagés en el marc del seu temps", etc... Como abogado defensor ha sido amigo del rojerío, masón e incorriente, a todos los niveles. Entre sus defensas, en Consejos de Guerra o ante el felizmente fallecido (aunque habrá que esperar el alcance de la nueva Audiencia Nacional) Tribunal de Orden Público, figuran la del pacifista Xirínacs, la del escritor católico Maurici Serrahima, la de la mujer del líder comunista Comorera, de numerosos obreros, etc...

—La vida de este país ha estado muy condicionada por una religión oficial, sobre todo en los años inmediatos a la finalización de la guerra. Después, a partir de los años cincuenta, y en especial a partir de los sesenta, este condicionamiento no ha sido tan fuerte. Se produce un cambio muy importante en nuestra sociedad y muchas personas, educadas en el sistema educativo de la posguerra enormemente influido por la religión, van abandonando no sólo las prácticas religiosas sino también las creencias.

—Usted, sin embargo, no sólo es creyente sino practicante fervoroso.

—Efectivamente yo soy católico practicante.

—En su labor intelectual, usted se ha sentido atraído por la figura de Joan Maragall ¿no?

—Mi primer libro publicado, creo que en 1962, se titula "Maragall y la Semana Trágica" y en él el problema religioso de Cataluña está muy presente. Se trata de una reflexión en torno a la postura de un intelectual católico, como era Maragall, frente a los hechos y la represión de la Semana Trágica. El libro, en definitiva, es una meditación sobre la actitud de un intelectual católico libre, ante determinadas circunstancias.

—Lo cual viene a configurar una ética, una práctica acorde con la teoría y no simplemente unas consideraciones abstractas.

—Exactamente. Esto le lleva a Maragall a enfrentarse con su propia clase social, la burguesía, adoptando una posición radicalmente antagónica. Pero Maragall lleva más lejos sus convicciones hasta el extremo de enfrentarse con la propia Iglesia sin por ello dejar de ser un hombre de Iglesia. Es entonces cuando escribe "La iglesia cremada" en la que critica muy duramente el comportamiento de los católicos de su tiempo. Hasta cierto punto, Maragall llega a justificar a los que incendiaron los templos o toleraron que se incendiaran. Los católicos de la época no entendieron la crítica de Maragall y le atacaron duramente. La Iglesia jerárquica no entendió la actitud de Maragall, hasta el extremo de que el obispo Torres i Bages, considerado en su tiempo como abierto y progresista, no comprendió su posición.

—El principal punto de fricción ¿fue la crítica a la liturgia?

—Lo que, en "La iglesia cremada", en realidad pide Maragall es que la liturgia se acomode al pueblo, responda a las exigencias de éste y cobre auténtica actualidad. En definitiva, pide algo que el Concilio Vaticano II ha puesto en marcha después; renovación litúrgica, abandono por parte de la Iglesia del lastre histórico, de las influencias de otras épocas, etc... En este sentido, pues, yo veo a Maragall

## ● LA VIDA DE ESTE PAÍS HA ESTADO MUY CONDICIONADA POR UNA RELIGIÓN OFICIAL

## ● MARAGALL, INTELLECTUAL CATÓLICO Y LIBRE, PIDIO EN "LA IGLESIA CREMADA" ALGO QUE EL VATICANO II HA PUESTO DESPUÉS EN MARCHA

## ● HOY LA SITUACIÓN DE LA IGLESIA HA CAMBIADO TANTO QUE RESULTA IMPENSABLE UNA QUEMA DE CONVENTOS POR LAS CLASES POPULARES

como un intelectual católico y libre que, a pesar de la dureza de sus críticas, permanece en el seno de la Iglesia sin disminuir por ello su libertad de juicio y opinión. Actitud que, naturalmente, hace extensiva a otros campos, como ocurrió con un famoso artículo suyo en el que solicitaba perdón para todos los condenados a muerte. La base de su argumentación por el indulto era el convencimiento de que la sociedad ante los hechos de la Semana Trágica, era más culpable que los propios condenados.

—Parece deducirse, tal como usted explica la figura de Maragall, que la lucha de clases configura también el ámbito de la Iglesia.

—Es evidente que sí. Y negarlo sería negar una evidencia. Ahora bien, durante muchos años, y esto es históricamente demostrable, la Iglesia se ha puesto al lado de una clase determinada. Esto explica que, en momentos de crisis como nuestra guerra civil, la Iglesia se encontraba al lado de ciertas clases y ciertos intereses que no eran precisamente los intereses de los más necesitados.

—Esta circunstancia ¿puede hacerse extensiva a toda la Iglesia?

—Como tal Iglesia en líneas generales sí. Ello no quiere decir, sin embargo, que todos los católicos adoptaran tal postura. Incluso dentro de la jerarquía de la Iglesia hubo excepciones, como el cardenal de Cataluña, Vidal i Barraquer, que se negó a firmar la famosa carta colectiva del episcopado español en 1937. Mas hay que reconocer que, actitudes así, fueron

absolutamente minoritarias. Quiero resaltar, a pesar de todo, que en el país catalán fueron muchos más de lo que se cree los católicos que durante la guerra permanecieron al lado del gobierno de la Generalitat.

—¿Qué señalaría usted como características fundamentales de la religión de la burguesía? Y, como contrapartida, ¿qué puede definir la posible religión de la clase obrera?

—Creo que antes de responder a esta pregunta sería conveniente fijar y analizar el cambio que se ha producido en nuestra sociedad.

—Analícelo.

—Para mí, los cambios más importantes ocurridos después del 39 se dan, precisamente, en el campo religioso. La situación religiosa actual en nuestro país es muy distinta de la de 1936. En 1936, la Iglesia era una fuerza conservadora, una fuerza de derechas a pesar de que existieran unas minorías muy pequeñas con otro concepto de la religión. Hoy la situación y la conciencia de la Iglesia ha cambiado tanto que resulta impensable la quema de conventos, de templos, por parte de las clases populares. Este es un fenómeno muy importante, muy a tener en cuenta.

—Parece ser que usted acepta que estos importantes cambios se han producido en la totalidad del grupo social de los católicos.

—Yo creo que los católicos ya no son un grupo social concreto y determinado. Hay una parte afeirada a lamentables tradiciones, pero hay otra parte que, sobre todo en el terreno de lo social, ha adoptado otras posiciones. Por lo tanto, la simplificación que respondía verdaderamente a las circunstancias del 36, católicos igual a conservadores, habría que matizarla con mucho cuidado hoy.

—Pero supongo que la transformación es algo más que un simple alineamiento con las clases populares.

—Evidentemente. En este proceso se han llegado a romper todos los esquemas de conducta social habituales. La afiliación a partidos, por ejemplo socialistas o comunistas, cuando generalmente eran los partidos conservadores a los que los católicos se adherían. Y esto obedece no a decisiones solamente personales, sino al hecho de que en la Iglesia existe una amplia libertad real. ¿Quién podía pensar e incluso tolerar antes del 36 que un católico no apoyara a las formaciones políticas conservadoras y reaccionarias?

—Sin embargo, usted ha dicho que en Cataluña sectores católicos apoyaron la República.

—Sí. Hay que reconocer que en Cataluña había un catolicismo abierto y muy liberal en el aspecto político. Sin

embargo, apenas había avanzado en el campo social. Esta es una distinción que hay que tener en cuenta. En el campo obrero no existía la presencia católica por lo que el anticlericalismo existente en la clase trabajadora era explicable y, en muchas ocasiones, tenía una estricto matiz anticatólico. Esto creo que hoy ha desaparecido casi totalmente. Porque las organizaciones obreras ¿dónde han encontrado acogida sino en los locales parroquiales, los templos, etc...?

—Esta labor acogedora, en definitiva, parece que usted la interpreta como una especie de redención.

—En parte, sí. Yo creo que lo más positivo de la Iglesia de los últimos años, tanto a nivel de jerarquía como de fieles, es haber comprendido cuál es su puesto y su obligación. A partir sobre todo del sesenta hizo un análisis exacto de la situación y se dio cuenta de que ella no podía disfrutar de unos privilegios que le otorgaba el Concordato, cuando tantos ciudadanos no podían disfrutar privilegios similares. Sobre todo, los derechos de reunión y asociación.

—Hay muchos que consideran esta evolución no como resultado de la autocrítica, de la dinámica interna en el espíritu de la Iglesia, sino como consecuencia de la coyuntura política.

—Yo creo que quienes iniciaron este camino, que yo llamo de suplencia, se han encontrado con más dificultades y sacrificios que facilidades. No creo que haya sido simple oportunismo, cuando ofrecer los locales parroquiales, poner a disposición de las organizaciones obreras la posibilidad de ejercer los derechos de reunión etc..., encerraba un grave riesgo. Este apoyo a grupos políticos, obligados a desenvolverse en la clandestinidad, ha sido el resultado de un sano examen sobre cuál es la obligación de los cristianos en tiempos difíciles. Todo este proceso, a la vez, ha ido enriqueciendo a los sacerdotes y a los católicos en general, descubriéndoles un mundo que desconocían. Y así se ha ido profundizando y reflexionando acerca de la verdadera misión de la Iglesia cada día con mayor rigor y autenticidad.

—Las mayores críticas les llegan, precisamente, desde los sectores más integristas de la Iglesia y desde los grupos más nostálgicos del franquismo.

—Sí, pero yo pienso que para la Iglesia ha de ser un honor que una parte de los dirigentes de Comisiones Obreras hayan salido, por ejemplo, de la JOC. Naturalmente, hay casos en que los antiguos militantes de la JOC, en la actualidad, no son ya creyentes. Pero en aquellos momentos se hizo lo que se tenía que hacer. La actuación de algunas organizaciones

de Iglesia no ha sido, por lo tanto, ni oportunista ni inconsciente, sino, por el contrario, plenamente conocedora de sus responsabilidades y de los riesgos de todo tipo que ello entrañaba.

—Uno de los riesgos que los integristas esgrimen con más frecuencia es la posibilidad de un estallido anticlerical con sus dosis de violencia y destrucción.

—Ya he dicho antes que esto me parece impensable. Los católicos han abierto los ojos a unas realidades que desconocían hasta hace algunos años. Lo más preocupante de los años treinta era la ignorancia por parte de la Iglesia de la realidad obrera y de los conflictos sociales. La violencia anticlerical de aquellos años es, repito, explicable. Eran dos mundos totalmente separados.

—Este cambio ha creado una nueva correlación de fuerzas, tanto en el orden político como en el económico.

—Evidentemente. De él se derivan muchas consecuencias. Al desaparecer el catolicismo como fuerza conservadora y aparecer católicos de tendencia avanzada en distintos campos, el peso de la Iglesia como entidad social ha disminuido. Ello nos lleva a un aumento de la influencia y del peso decisivo del cristianismo. La importancia de la Iglesia como institución seguirá disminuyendo.

—Este proceso de autentificación ¿ha presentado en Cataluña alguna

característica especial o ha ido paralelo al de las demás zonas del Estado español?

—Yo creo que más que paralelo ha ido en vanguardia. Se debe, como ya dije, antes, a lo avanzado que en Cataluña estaba el catolicismo liberal. Lo único que ha habido que hacer es dar el paso que faltaba en el terreno social. En Cataluña la influencia del catolicismo francés siempre ha sido muy fuerte y ello ha sido beneficioso. Hoy, muy probablemente, exista ese paralelismo, aunque los catalanes arrancáramos en vanguardia hace años. Incluso, podría decirse que Cataluña ha superado a Francia y a otras naciones en muchos aspectos de la problemática religiosa.

—Aquí ¿podría darse un Lefebvre?

—Muy difícilmente. El integrismo catalán, que fue muy fuerte en el siglo XIX, desapareció a principios de este siglo. Por mucho que hablemos de vanguardia en Cataluña, no hay que olvidar que fue un catalán quien escribió a fines de 1800, un libro titulado "El liberalismo es pecado", el doctor Sarda i Salvany. Este pequeño folleto se editó muchas veces y obtuvo grandes aplausos, pero a principios de siglo la cosa cambió con la aparición de nuevos obispos como, por ejemplo, Torres i Bages, mucho más abiertos.

—Finalmente y concretando algo que ya se ha dicho o insinuado a lo largo de esta charla ¿qué es lo que más le preocupa a la burguesía de los nuevos vientos eclesiales?

—Hoy día, para la mayoría de la clase burguesa la religión continúa siendo una especie de seguro, una seguridad exculpatoria. Comprobar que la religión es algo más que unas prácticas rituales heredadas y consolidadas por su educación, no es tranquilizante. La crisis se plantea cuando aparece un catolicismo exigente, muy exigente, en el campo del comportamiento social. Y no acaba de entender que la religión es algo más que unas fórmulas repetidas. Naturalmente, se da cuenta de que estas exigencias morales y de justicia social en el campo de la empresa y afines no es lo que le predicaron desde el púlpito ni lo que le enseñaron en los colegios religiosos. Hasta épocas muy recientes, la educación religiosa de nuestra burguesía ha sido una educación totalmente claustrista. Los dogmas se han aceptado tranquilamente porque no tenían incidencia en el comportamiento social, en la vida práctica. Pero hoy, para la burguesía, aceptar el cristianismo en todas sus consecuencias es ir contra sus propios intereses de clase. Por supuesto esto le resulta difícil de entender.